

DANIEL CORPAS HANSEN

McGuffin



Propiedad intelectual: M-001756/2011

Me disculpo por la intromisión que implica esta breve nota previa. Prometo que será la única contribución de mi torpe puño y letra al insólito libro que nos ocupa. La juzgo necesaria para explicar la carambola por la que este manuscrito llegó a mis manos, lo que a su vez me exige detenerme un segundo en lo que podríamos llamar “las rutinas del escritor”, y que difieren de forma notable, estoy seguro, de lo que el común de los mortales tiene en mente.

Un escritor de a pie, entre los que me cuento, se dedica fundamentalmente a nobles ocupaciones como buscar desesperado los calcetines sueltos que fagocita la lavadora, dudar entre la tortilla con o sin cebolla frente a la sección de precocinados del súper, o mirar de reojo las cartas del banco, postergando un rato más el doloroso momento de abrirlas y recibir un pildorazo de realidad.

El escritor medio invierte, además, una sorprendente cantidad de tiempo y esfuerzo en preservar la mitología que envuelve su proceso creativo; o lo que viene a ser lo mismo, en escamotearle a su entorno inmediato, a sus familiares y amigos, lo que de verdad hace a lo largo del día, a saber: estar sentado delante del ordenador entre doce y catorce horas, con el pelo apelmazado, los dientes amarillos, mirada de orate y todo tipo de sustancias —sobre las que más vale no explayarse— adheridas a sus raídos ropajes de andar por casa.

De esas horas, un altísimo porcentaje se diluye incomprensiblemente en actividades de lo más variopintas, como jugar al buscaminas, picotear porquerías o la masturbación terapéutica. Al final, ya bien entrada la noche, el escritor relee con aprensión las escasas líneas que ha logrado producir durante la jornada, venciendo la tentación de auto-mutilarse por ser tan malo, tan absolutamente prescindible para la Historia de la Literatura. Después busca el abrazo de algún ser querido para poder seguir viviendo y se mete en la cama acompañado de una viscosa sensación de fracaso.

Atendiendo a plazos vitales más amplios, la principal preocupación del escritor consiste en sobrevivir, tarea poco grata y menos original aun, que suele pasar por mudanzas cada vez más frecuentes, a pisos cada vez más baratos, más estrechos y más alejados del centro urbano. Dado su exiguo patrimonio —en

torno a la octava o novena mudanza comienza a ser más sencillo tirar cosas que transportarlas— el proceso solo se ve dificultado por la inevitable biblioteca, única posesión material de la que el escritor presume y se enorgullece, excepto cuando se ve en la tesitura de trasladarla.

Entonces entiende al fin que no son bellos libros lo que posee, sino decenas, cientos de mini-cadáveres que ahora tiene que arrastrar a varios kilómetros de distancia, por supuesto sin disponer de un vehículo apto, y para colmo con destino a un 4º o 5º piso sin ascensor.

Y ese fue el preciso instante en que al menos este humilde escritor que les habla decidió plantarse y decir basta.

Llamé a una librería de segunda mano, vinieron un par de señores sudorosos con una carretilla y una furgoneta y se llevaron todos mis libros a cambio de unos cuantos billetes. Debo confesar que ver partir a mis pequeñuelos fue tan angustioso como liberador: esta vez la mudanza arrancaba, si no con buen pie, si al menos con un pie distinto. Ya lo decían los sabios: por la vida hay que transitar ligero de equipaje.

Siempre que me dispongo a instalarme en un nuevo hogar fantaseo de modo recurrente con el hallazgo fortuito de un tesoro que acabe de una vez por todas con mi miseria crónica, tal vez una talla etrusca, un herrumbroso doblón de oro o una acuarela aparentemente sin valor y que en realidad esconda la firma de Turner o Macke; objetos preciosos olvidados en una mohosa buhardilla por el descuido o la ignorancia del inquilino precedente.

Claro está, jamás me ha ocurrido nada ni remotamente parecido: la suerte me ha esquivado con insistencia, y las sorpresas han sido siempre más bien negativas, cuando no infaustas. ¿O quizá va siendo hora de empezar a hablar en pasado?

Porque al entrar hace un par de meses en mi nuevo apartamento lo único que había era un colchón en el suelo y un viejo frigorífico estropeado. Y dentro del frigorífico, por lo demás vacío, 199 folios de papel satinado tamaño DIN A4, sin grapar ni encuadernar, perfectamente ordenados sobre la balda central. Todas las hojas estaban escritas a mano, con una letra abigarrada e infantil que

llenaba por completo la página como si de una marabunta se tratase. No había portada ni título.

Intrigado, hojeé superficialmente el manuscrito. A simple vista llamaba la atención el uso de tintas de distintos colores —azul, negro, rojo, incluso verde—, pero no para marcas o correcciones: era más bien como si el autor, tras ir gastando sucesivos bolígrafos, simplemente hubiese cogido otro cualquiera para seguir desparramándose sobre el papel.

Sentí un escalofrío: ¿es posible escribir 199 páginas de una tacada, sin parar? En aquel momento pensé que no, me convencí de que a todas luces era humanamente inviable. En parte creo que me obstiné en verlo así por el bien de mi propia salud mental. Porque, ¿en qué lugar me dejaría semejante fenómeno a mí, que sudo sangre para construir cada párrafo, cada frase?

A continuación me senté en el colchón, leí los primeros renglones y ya no pude detenerme hasta el amanecer. Me reincorporé tras toda la noche en vela, para llevarle el manuscrito a mi editor, que lo ha publicado sin tocarle ni una sola coma.

Que juzguen otros, por favor, porque yo ya no me siento capaz.

DCH

*“El guión es esa cosa sobre la que todo el mundo
tiene una opinión y casi nadie una idea.”*

Guionista anónimo.

“There’s no cure for life.”

Tony Soprano.

Mi nombre es Juan Espejo Equis. Nací un día lluvioso de un año ya lejano en un lugar aún más lejano que no viene a cuento mencionar aquí. Mido 1,85 y peso unos ochenta kilos. Tengo el pelo castaño y los ojos azules. Mis orejas son grandes y mis manos pequeñas. De mi pene prefiero no hablar.

Ah, y durante los últimos diez años he sido puta.

Para ser más exactos y evitar malinterpretaciones, conviene aclarar que en realidad he ejercido un tipo peculiar, muy específico, de prostitución, al que ni la justicia ni la opinión pública ni la sociedad en general suelen prestar excesiva atención. Mi oficio, fruto de los tiempos, quizá no sea el más antiguo del mundo, pero sí que es resultado directo de una línea evolutiva que parte de las sacerdotisas del santuario de Militta y el culto a la diosa fenicia Astarté, para llegar hasta nuestros días pasando por las hetairas griegas, María Magdalena, las geishas o las bailarinas de can-can immortalizadas por Toulouse-Latrec.

Por eso, aunque me halle uno o varios escalafones por debajo de todas ellas, proclamo con orgullo que me siento igual de hermanada con la compañera del polígono que con la escort de *high standing*, con la jinetera que con la curranta del barrio rojo de Ámsterdam, con la subsahariana que enseña las tetas en Casa de Campo que con la modelo que, pragmática, prefiere follar por unos miles de euros con un futbolista a poner copas por cuatro perras en un antro de mala muerte.

Las hay que necesitan la pasta para alimentar a sus hijos o perder de vista al chulo; otras la quieren para pagarse los estudios, los trapitos, la heroína. Da igual. Lo que nos une es que todas, sin excepción, hemos sido alguna vez ultrajadas, humilladas, vejadas, despreciadas, maltratadas, vilipendiadas, insultadas, pisoteadas, degradadas, agraviadas y ensuciadas, física o verbalmente, por tipejos que lo único que tienen es dinero.

Como al cien por cien de mis colegas, el vil metal me ha llevado a hacer cosas deshonorosas. Como la mayoría, también cotizo a la Seguridad Social bajo el desquiciado régimen fiscal de autónomos. A diferencia de todas ellas, que cobran por adelantado, yo tengo que esperar meses para, con suerte, percibir lo que es mío, lo que me corresponde.

Y es que, Dios me perdone y me asista, he sido guionista en España, una de las formas más ruines e infamantes en la que un ser humano puede vender su alma al mejor postor.

Sé lo que piensan, que dramatizo, que exagero, incluso que incurro en la frivolidad o el mal gusto al comparar las tribulaciones existenciales de un escribano con la miseria real y palpable de una persona, mujer u hombre, que padece explotación sexual. Vayamos por partes. Según la RAE, la prostitución es, en su segunda acepción:

f. Actividad a la que se dedica quien mantiene relaciones sexuales con otras personas, a cambio de dinero.

Atendamos ahora a la Wikipedia, una herramienta sin duda menos lustrosa que el sacro diccionario de los académicos pero quizá más elástica, más adaptada a un mundo que muta a una velocidad vertiginosa. Pues bien, la definición se ensancha considerablemente:

Al hablar de prostitución, se sobreentiende que la persona que la ejerce no aplica más criterio en la elección del cliente que el de recibir el pago correspondiente, es decir, no existe ningún tipo de emoción ni relación afectiva. De modo que, en un sentido más genérico y coloquial, se dice también que se prostituye, por extensión, cualquier persona que "vende" sus servicios profesionales (no sexuales) por una causa que no le importa o incluso que considera indigna, con el único aliciente de recibir un pago.

Reivindico, por tanto, mi derecho a llamarme putón con la frente bien alta, y les prometo que ustedes también me lo llamarán, incluso me lo gritarán, cuando les desgrane algunas de mis experiencias y comprueben hasta qué grado me he rebajado por unos míseros óbolos.

Sigamos profundizando. En cuanto a su etimología, la palabreja podría derivar del verbo latino *prostituere*, “exhibir a la venta”, aunque hay eruditos que sostienen que “puta” viene de *putare*, que significa ni más ni menos que “pensar”, lo cual le da un pintoresco vuelco a la situación, haciendo de la meretriz no solo la que se abre de patas sino “la que piensa”, o yendo más allá, “la única que piensa”. Llegados a este punto, es de ley recordar que putescas fueron personalidades tan sobresalientes como Aspasia, amante de Pericles y

mujer más culta del Ática, o Arqueanasa, a la que Platón acudía con regularidad de péndulo cuando, ahíto de filosofía, buscaba solazarse.

Tirando de este hilo, parece incuestionable que quien solicita los servicios de una prostituta, sea una vulgar ramera de la Suburra, sea una sofisticada dama de compañía, tiene como propósito adquirir por medio de una transacción comercial algo de lo que carece. Pues bien, doy fe de que este principio es plenamente aplicable a todos los, digamos, “clientes” con los que he tenido que refocilarme a lo largo de estos últimos años.

Cuántas veces no me habré acordado de aquella escena no incluida por Milos Forman en el montaje definitivo de “Amadeus”. En ella, un Mozart empapado en licor, ya moribundo, acude a suplicarle a un rico industrial vienés que le ponga en nómina como profesor privado de música de su hija. Es la única vía que le queda para obtener ingresos inmediatos y evitar el descalabro financiero. El industrial, un tosco campesino venido a más, tan acaudalado como obtuso, le pregunta por qué debería contratarle. “Porque por algún motivo usted tiene el dinero y yo el talento”, le viene a responder Mozart, antes de ser despedido a puntapiés.

Al referirme a mi escabroso pasado, usaré en la medida de lo posible el término “cliente”. Un eufemismo esterilizado, sí, pero es lo que hay: donde yo escribo “cliente” ustedes lean “industrial vienés”, o “productor de TV”, o lo que su sentido común les aconseje.

Y ya que hablamos de austríacos egregios, se me viene al recuerdo una anécdota muy oportuna protagonizada por el más célebre de todos, más que el propio Mozart, me temo. Al parecer si en algo era experto Adolf Hitler era en caldear el ambiente antes de sus mítines, induciendo un estado casi extático en la audiencia. Y no solo por su virulenta oratoria, sino porque esta caía como una cerilla en un bidón de gasolina. Un hombre en su posición no podía permitirse el lujo de ser puntual, por lo que en las grandes ocasiones, cual estrella del rock, dilataba su entrada en escena durante un plazo nunca inferior a dos o tres horas, tensando la psique colectiva hasta lo insoportable, de forma que el público, ese *deutsche volk* por el que tantos desvelos padecía, acababa por cocerse literalmente en su propio jugo.

Entonces, cuando el aire ya estaba electrificado, cuando las antorchas, la parafernalia nazi, el runrún de boca a boca, los soponcios y desmayos ya habían hecho buena parte del trabajo, el pequeño y grisáceo cabo, de pronto extrañamente erotizado, consentía en aparecer para ser ungido mesías por una masa delirante; y los corazones borboteaban, las gargantas aullaban ¡*Führer!*, los miembros se convulsionaban, los ojos giraban descontrolados en las órbitas, los puños crispados arrancaban mechones de pelo...

Y cuentan incluso que las jóvenes bellezas arias de las primeras filas, como harían en los conciertos de los Beatles décadas más tarde, llegaban a orinarse encima de la excitación, pues la musculatura de sus vaginas sencillamente dejaba de obedecerles y se deshacía ante la presencia de aquel homúnculo que todavía no había dicho ni una palabra y cuyo único testículo era del tamaño de un guisante. Tal grado alcanzaba la efusividad úrica de estas *groupies* del Nacionalsocialismo que una brigada especial tenía que ocuparse de limpiar los charcos varias veces, antes, durante y después del discurso.

Lo último que deseo es que ustedes se meen por mi culpa, y nada más lejos de mi intención que imitar las artimañas psicológicas de Hitler. Así que, sin más preámbulos, permítanme que les hable de mí, de mi melancólica infancia, de mi juventud rebosante de candor e ilusión, de cómo por intentar hacer mis sueños realidad y labrarme un porvenir acabé consumido por las llamas en el infierno de la prostitución.

